

**Eliette
Abécassis**

La repudiada



Lectulandia

La Repudiada nos lleva al corazón de Meah Shearim, el barrio de los hasidim, los judíos ortodoxos de Jerusalén, para contarnos la historia de una mujer joven repudiada por su marido por no haber podido darle un hijo. La autora nos describe un retrato profundo y sensible de una mujer sometida a un claustrofóbico integrismo que la obliga a cumplir resignadamente la ley en nombre de Dios. La repudiada es una novela breve, y precisamente es en su concisión en donde encuentra toda su fuerza y belleza dramáticas. Un doliente testimonio lleno de poesía y de pasión destinado a mostrar a los lectores la cara terrible del fanatismo religioso.

Lectulandia

Eliette Abécassis

La repudiada

ePub r1.0

Titivillus 23.04.15

Título original: *La répudiée*
Eliette Abécassis, 2000
Traducción: Sacra Comorera García
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

2



www.epublicbre.org

Aniversario

EDICIÓN CONMEMORATIVA

A mi hermana Emmanuelle

Capítulo 1

Hoy tengo veintiséis años. Pronto hará diez años que estoy casada con Natán. Mi hermana Noemí tiene veintidós años. Es una chica menuda de largo cabello castaño, cutis oliváceo y ojos casi oblicuos. Tiene veintidós años y ya le ha llegado la hora de casarse. Pero ella no está enamorada de un hasid^[1]. Ama a Jacob, que ha dejado nuestro barrio, y lo ama desde que tenía dieciséis años. La hora de casarse ha llegado y Jacob es el hombre con quien se quiere desposar, es él quien ha seducido su corazón. Pero aquí no queremos saber nada de él porque se fue a cumplir el servicio militar. El Rav^[2] dice que es una abominación servir a este país, al que rechaza nombrar, porque rechaza su existencia antes de la venida del Mesías.

Vivimos en Jerusalén pero de hecho no estamos. Estamos en otra parte. De hecho, no estamos en ningún lugar. Vivimos en Meah Shearim, un barrio situado entre la ciudad antigua y la ciudad nueva, de casas bajas, de patios entrelazados, entradas infinitas, túneles confidenciales, pequeñas habitaciones, buhardillas o cavas, balcones de hierro forjado, interiores, exteriores, enclaves secretos. Entren, mézclense con nosotros, verán a los hasidim de paso apresurado en las yeshivás^[3] donde estudian de noche, de día y de noche. Entren pues, y vean a esos hombres con papillotes, levitas y barbas negras. Entren con la cabeza cubierta, pero entren, ya que no se para de entrar aquí, patio tras patio, pasillo tras pasillo, tienda y trastienda, entren pues, y salten al otro lado del espejo de este país al que no se atreven a nombrar. Sin embargo, estamos en el corazón de Israel, en el centro de Jerusalén, cerca de la puerta de Damas y del barrio árabe del casco antiguo. Entren pues, y quizás poseerán el futuro, como nosotros, si se animan, y quizás sabrán por qué el mundo fue creado. Pero es un secreto que sólo pueden conocer aquellos que entran, juntos, arena y mar, en esta vasta familia que es la nuestra. Entren pues, y vean: somos todos iguales con nuestra ropa oscura, nuestro paso apresurado y, sobre todo, con nuestros ojos, estrellas cansadas por noches y noches en vela.

Nuestros ojos, cuya mirada bajamos cuando se cruza con otra, han leído mucho y saben que nuestra vida está en otra parte, en las pequeñas calles abarrotadas, en los patios con plantas colocadas al tresbolillo, las callecitas estrechas formando largas hileras. Cien puertas para nuestra fortaleza, que hay que estar preparado para abrir. Aquí existen todavía los sastres, y los escribas escriben, y los carniceros sacrifican, y los circuncisores cortan, y los peluqueros hacen pelucas, y los sombrereros y los gorreros sombreros, pero no para enriquecerse, sino para alimentarse, para sobrevivir,

porque somos pobres ante el Eterno. Entren pues, si quieren ver al hombre de negro. Detrás de la puerta de su casa hay un rollo que besa. Bajo su ropa lleva un chal de oraciones, en la cabeza, un sombrero, ante él, una dinastía, detrás de él, una cola de hijos. Escondido por los pasillos y por las puertas secretas de su alma, así es el hasid.

Aquí, en nuestro país, no nos casamos por amor. Nos casamos gracias al alcahuete. El amor aparece tras años de vida compartida, los hijos y todo lo cotidiano es lo que teje lazos de unión entre las personas. Por eso nunca había visto a mi marido antes de la boda. Pero en cuanto lo vi, en la carpa blanca de los esposos, el suelo tembló bajo mis pies, su amor me prendió. No sabía si era el miedo o la emoción. Después comprendí: el amor, para mí, fue nuestro primogénito.

Capítulo 2

Todo había sido dispuesto por un alcahuete, que me dio una fotografía del hombre con quien me iba a casar. Una o dos veces había hablado con él por teléfono. Intercambiamos algunas palabras. Su voz era bonita, grave y profunda; su timbre sensible. Del resto se ocupó José, el asistente del Rav. Sólo se necesitaron tres meses para ultimarlo todo.

La sinagoga estaba llena de gente. En medio de la sala se había levantado una carpa. Los hasidim, que llevaban sombreros y papillotes, entraban y salían. Algunos tomaban asiento, esperaban. Otros rezaban, balanceándose a derecha y a izquierda. Las mujeres no estaban visibles: permanecían de pie tras la celosía que las separaba de los hombres. A mi prometido y a mí nos llevaron a la carpa.

Lo que primero conocí de su persona fueron unos dedos finos, curvos, que pusieron la alianza en el mío. Después, vi unos labios que se mojaban en la copa de vino que compartimos. Envolvieron un vaso en un pañuelo de cuello y el Rav lo rompió de un pisotón, como es costumbre, en memoria de la destrucción del Templo.

Entonces me subí el velo blanco que tapaba mi cara y di siete vueltas alrededor de mi esposo. Dirigí la mirada hacia él. Vi unos ojos de luz sombría, unos pómulos altos y rojos, una boca pequeña y púrpura como la granada. Era alto y esbelto como un cedro del Líbano. Era bello como la luna, brillante como el sol.

Todos callaron y se hizo el silencio. El Rav se levantó de su asiento y se situó en el centro de la sinagoga. Tenía una barba gris larga y unos penetrantes ojos negros. Su corpulencia había aumentado con la edad y no era muy alto; pero emanaba un aura tal que, cuando entraba en un lugar, todas las miradas se dirigían hacia él y todos se callaban.

—Cuando un hombre y una mujer se casan —dijo el Rav—, pueden por fin ser considerados como miembros de pleno derecho de la comunidad. Porque el hombre ha sido creado a imagen de Dios, es decir, es macho y hembra. Por eso el matrimonio es un mandato divino, y el celibato un ataque a la imagen divina en el hombre. El hombre puede llegar a completarse y alcanzar el más allá por el matrimonio, lo que le permite sentir al Mesías. Tú, Natán, y tú, Raquel, esperamos de vosotros que tengáis una descendencia numerosa, tan numerosa como las estrellas del cielo.

Así lo dijo el Rav durante mi matrimonio con Natán, mi esposo.

Después los hasidim se pusieron a bailar. En ciertos momentos, se elevaron gritos de

fervor. Bailaban juntos, pegados unos a otros, ondulando sus cuerpos en locas cadencias. A veces, uno de ellos se separaba del grupo y se movía solo, en medio del círculo.

Una celosía separa los hombres de las mujeres. Nosotras, que estamos detrás apretujadas unas contra otras, observamos a los hombres pero no bailamos. Veía sus caras, oía los gritos que acompañaban los bailes, y la inquietud y la alegría que expresaban. Mi mirada se mezclaba con las voces desnudas de sílabas; la melodía danzaba, daba vueltas y cantaba, sin palabras, sin la traba de las palabras, y aquel silencio envolvía mi silencio.

El hombre que bailaba delante de mí intentaba, con movimientos amplios y lentos, fascinar a su compañero, hasta que acabaron por bailar juntos al mismo ritmo, cada vez más deprisa, y yo miraba, y no podía separar mis ojos del hombre que bailaba embriagado, del hombre que bailaba enloquecido: Natán, mi marido, con los ojos cerrados, loco por el baile, deslumbrado por la Presencia, y yo lo miraba, y estaba allí, siguiendo cada uno de sus movimientos, respirando cada uno de sus suspiros y jadeando por éstos, uniéndome al ritmo de su cuerpo. Y él me miraba y yo lo miraba mirarme, y me unía a él con el pensamiento, y estábamos unidos por el baile para formar un solo cuerpo en la zozobra y sentir el aliento de Dios sobre nosotros.

Capítulo 3

Este cuarto es nuestra alcoba. Tenemos la habitación propiamente dicha, donde se encuentran la cama de Natán, el armario, un sofá y un escritorio, y esta pequeña alcoba, en la que he hecho mi nido. Me gusta este cuarto de piedras blancas que se parece al muro del Templo.

Por la mañana, lo miro cuando se pone las medias negras, el pantalón negro, el abrigo, lo miro cuando se ata los zapatos. Se pone el gran sombrero de fieltro y ya está listo. A veces, procurando caminar detrás de él para no distraerlo, lo sigo hasta la sinagoga. Me gusta ver el movimiento de su cuerpo, grave y decidido, de delante hacia atrás, de atrás hacia delante. Me gusta verlo cuando se pone las filacterias. Me gusta observarlo cuando lee la oración final, recitada a solas y en voz baja, con los pies juntos y el cuerpo en dirección al Muro occidental. Me gusta cocinar para él. Me gusta su manera de comer los platos que le he preparado, con apetito y determinación. Conozco al detalle los pliegues de su boca. Conozco sus gustos: sé lo que le agrada y lo que le disgusta. Sé que prefiere tomar café sin azúcar después de la comida. Me gusta cuando conversa, comiendo, sobre ciertos textos estudiados esa misma mañana o bien sobre la gente de nuestra comunidad. A veces lo observo tan ávidamente que se estremece. Lo miro. Me observo en su mirada. Tengo los ojos de color azul grisáceo, una frente grande estriada de finas arrugas y el pelo negro y corto, que disimulo bajo un pañuelo. Cuando era pequeña, se rizaba en las puntas como sus papillotes. Cuando me casé, empecé a ponerme un pañuelo. Las mujeres casadas no deben gustar a otros hombres que no sean sus maridos. Por eso no enseñan el pelo y se visten con sencillez. Mis pies van calzados con zapatos planos y cerrados; mis piernas, ceñidas con medias gruesas, se esconden bajo mis largas faldas. Rezo, preparo el Shabbat y cumplo con todas las leyes que conciernen a la pureza ritual.

Mi marido estudia en la yeshivá, y yo trabajo con mi tío como contable. A través del escaparate de la tienda de mi tío, veo a niños pasar sin cesar, soñadores o socarrones, traviosos u obedientes, y sus papillotes enmarcan sus caras pálidas. Hay también adolescentes vestidos con caftanes negros de seda brillante, con cordones anudados alrededor de la cintura, sobre pantalones de satén; hay niñas con la cabeza cubierta con pañuelos, con las piernas ocultas bajo sus vestidos, con los tobillos ceñidos con medias de lana.

Así es como vivimos; así, como hemos vivido, durante diez años, mi esposo y yo, hasta el día en el que todo cambió.

Era la víspera del Shabbat, estábamos sentados a la mesa. Mi marido mojó el pan en la sal, para la bendición ritual. Después tomó un pequeño trozo y se lo comió. Sin abrir la boca, se dejó el pescado que le había servido. Miró el plato, pescado y tomates, sin probarlo.

Le pregunté:

—¿Qué pasa Natán? ¿Por qué no comes?

Bajó la mirada y sus pestañas comenzaron a temblar. Empezó a comer, lentamente. Los dos candelabros de la mesa estaban puestos delante de nosotros. Las velas se habían consumido la noche anterior.

—Raquel, no deberías —dijo—. No deberías organizar esos encuentros secretos entre tu hermana y Jacob. En la tienda de tu tío, además.

—Noemí y Jacob se aman desde hace muchos años. Nosotros también nos amamos desde hace muchos años...

Natán no respondió.

—Conozco el fondo de tu alma —dije.

—¿Y qué ves dentro?

—Veo que sufres. Te preguntas si no vivimos en pecado. Todos tus amigos ya son padres de tres o cuatro niños. La gente de la comunidad nos desprecia, los otros estudiosos de la Torá se ríen de ti, se ríen de mí. Tú quieres un hijo, Natán, tú quieres un niño. Si al cabo de diez años de matrimonio una mujer no tiene hijos, su marido tiene derecho a repudiarla.

—Derecho —respondió Natán—. No deber.

Me levanté, abrí el horno. Cogí el tarro de conservas de carne. Lo llevé. Serví a Natán, mi esposo. Después, lo miré. Se puso a comer, despacio. A veces se ayudaba con un pequeño trozo de pan. Más tarde paró de comer y me sonrió. Parecía más relajado, liberado de un peso que tenía en el corazón. Me cogió la mano, nos levantamos y fuimos hacia la alcoba.

Se sentó en el borde de la cama, se quitó los zapatos y los calcetines. Se deslizó bajo el edredón. Su barba negra resaltaba sobre el color blanco. Subió la sábana. Arregló su capelo, cerró los ojos. Después los abrió y dijo:

—¡Ven!

Más tarde, preparé té y se lo serví en la cama. Abrió los ojos, sus labios se movieron para pronunciar la bendición. «Bendito seas, Tú que lo has creado todo con Tu palabra». Después se levantó, se volvió a vestir, cogió los libros de la Biblia. Volvió la tapa del Pentateuco y abrió el libro del Talmud. Con la mirada, me indicó que

debía alejarme. Lejos, detrás de mí, sobre las páginas amarillentas, las letras negras bailaban.

Me senté en la cocina.

Agudicé el oído: mi marido leía.

«Al día siguiente Moisés se sentó para otorgar justicia al pueblo; y el pueblo se mantuvo de pie alrededor de Moisés, desde la mañana hasta el anochecer».

Conocía esta historia y todos sus comentarios. Mi padre me los había enseñado cuando era niña. Sí, conocía esta historia. Sucede al día siguiente del Yom Kippur^[4], al día siguiente del día en el que Moisés bajó de la montaña...

Capítulo 4

Se dice que el Shabbat empieza mucho antes del viernes y acaba mucho después: tres días antes, la casa se estremece con su llegada; son necesarios al menos tres días para que su perfume se disipe en el ruido tumultuoso de la semana. El Shabbat es el día santo, el día supremo del reposo del alma. En verano, el Shabbat resplandece de belleza como el sol. En invierno, la paz del Shabbat nos envuelve en su abrigo blanco.

Ese viernes, a la caída de la tarde, oí la sirena que anunciaba el inicio del descanso. Los cantos rituales se escapaban de las casas para acoger a la prometida del Shabbat. En ese momento todo se paró, pues no está permitido cocinar, encender la luz ni trabajar en ese día santo.

Natán se vistió con la levita de satén negro y dejó la chaqueta larga de lana gruesa que lleva durante la semana. Le ayudé a ponerse el shtraimel^[5] en la cabeza, con su gorra de terciopelo alrededor de la cual hay sujetas colas de marta cibelina. Los años pasan y ya no es un hombre joven. Pero es todavía más bello que cuando lo conocí. Algunas veces, al principio de nuestro matrimonio, yo me sentía inquieta. Otras, no llegaba a concentrarme en mi trabajo. O bien se me quemaba la comida que estaba preparando. Pensaba en él. La imagen de su cuerpo me asediaba durante la noche, me asediaba durante el día.

Ese viernes cogió un libro y se sentó en el sillón del salón. Sus dedos seguían el texto. Su boca pronunciaba las palabras de alabanza. Llevé un mantel y lo extendí sobre la mesa. Su blancura reflejó en la habitación un rayo de luz.

Traje los dos panes trenzados, los panes del Shabbat, y los puse en el centro de la mesa. Después los cubrí con un mantel individual blanco. Puse los dos candelabros de plata sobre la mesa. Luego me acerqué las manos a los ojos para cubrirlos y murmuré la bendición sobre las velas del Shabbat.

—Shabbat Shalom —me dijo mi marido.

—Shabbat Shalom —le respondí.

Juntos contemplamos las velas del Shabbat. Las luces temblaban. La primera oscilaba, importunaba yendo de arriba abajo. La segunda era tan tenue que parecía que iba a apagarse en cualquier momento.

Después fuimos a la sinagoga para la oración del crepúsculo. Caminaba algunos pasos detrás de mi marido, así lo quiere la costumbre. La muchedumbre de los hasidim, toda de blanco y de satén negro, caminaba apaciblemente por las calles, ya

que el día del Shabbat no nos damos prisa. Por todas partes se oía: «Shabbat Shalom».

Las mujeres iban juntas, detrás de los hombres, que discutían y sonreían. Los niños, vestidos para la ocasión, jugaban a su alrededor.

Después de la oración, fuimos a casa del Rav, el padre de mi marido. La mesa estaba puesta, con un mantel blanco y bonitos cubiertos de plata. Allí estaban el Rav, su mujer, José, su asistente, Rubén, el amigo y confidente del Rav, su mujer y su hija Lía. El Rav había invitado también a mi madre, Ana, a mis hermanas, Noemí y Nina, al marido de Nina y a sus cuatro hijos.

El Rav recitó la bendición del vino. Todos los asistentes bebieron de la misma copa. El Rav tomó los dos panes del Shabbat. Los levantó juntos, bendiciéndolos. Después cogió un trozo de uno de ellos, lo mojó en sal y se lo comió. Enseguida cortó el resto del pan y a cada uno le dio su parte.

Su mujer trajo el plato de pescado acompañado de salsa de rábano blanco. El Rav se sirvió. Miró uno tras otro a cada invitado, tragando de vez en cuando, con lentitud, un bocado. El Rav comió y todos nosotros lo consideramos con agrado. De repente, levantó su mirada hacia Rubén y hacia su hija Lía. Era una chica joven de cutis pálido, de grandes ojos soñadores y de labios finos, que solía mantener muy prietos. Después, su mujer se fue, volvió con una botella de alcohol que descorchó y llenó la copa de su marido. Los otros hombres se sirvieron igualmente. Los niños, silenciosos, aguantaban la respiración mientras que el Rav, inmóvil, con la copa en la mano, parecía perdido en sus pensamientos. De pronto, lanzó un suspiro, y todos suspiraron desde el fondo de sus almas.

Se hizo un breve silencio.

—Mamá, cuéntame una historia —dijo Miriam, una de las hijas de mi hermana Nina.

Y el Rav habló:

—El sexto día fue el de la creación del hombre. Dios lo creó a su imagen y semejanza. Pero el hombre estaba solo y triste. Entonces Dios dijo: «No es bueno que el hombre esté solo». Adormeció al hombre, tomó una de sus costillas y creó a la mujer. Y el hombre exclamó: «La llamaremos mujer, porque ha sido tomada del hombre».

—Y así fue dicho: por eso el hombre deja a su padre y a su madre para unirse a su mujer, y se convierten en una sola carne —dijo Natán.

—Y así fue dicho: creced y multiplicaos —respondió el Rav.

Después se hizo el silencio.

El Rav se levantó y comenzó a salmodiar. Los hombres que estaban a su alrededor lo imitaron poco a poco. Nosotras, las mujeres, no cantamos en público porque la voz es como el cabello: un instrumento de seducción para el hombre.

La mujer del Rav trajo un plato de carne que sirvió. El Rav se sentó de nuevo y después empezó a llevarse la comida a la boca. Cada uno lo imitó, sin pronunciar palabra.

Las velas estaban medio consumidas. El Rav abrió el libro de cantos del Shabbat y entonó otro canto de ritmo pegadizo. Los hombres lo siguieron, golpeando la mesa con el puño y el suelo con el pie para llevar el compás.

Su mujer trajo pastel de amapola, lo puso sobre la mesa y nos sirvió a todos. Las llamas de las velas se debilitaban, alargando las caras con su sombra. Los ojos de Natán brillaban en la penumbra. Miriam, al otro lado de la mesa, cerró los ojos como si se adormeciera. Noemí, a mi lado, me cogió la mano bajo la mesa y me la apretó. Los ojos del Rav eran como dos agujeros negros en medio de su cara.

—Tengo miedo —dijo la pequeña Miriam a su madre.

—¿Miedo de qué?

—De las sombras.

—Yo también —confirmó su hermana Débora.

Miré a Natán. Cortó la carne firmemente. Parecía absorto en la contemplación de su plato.

Las llamas de las velas centellearon y se apagaron. El sebo se endureció alrededor de las mechas prisioneras y el Rav dijo:

—Se revelará.

—¿Pero cuándo? —dijo Rubén—. ¿Lo sabes?

José, el asistente del Rav, aplastaba el pan haciendo pequeñas bolas con las migas.

—Pronto.

Mi mirada se cruzó con la de Natán. Una lágrima caía lentamente por su mejilla.

En ese momento, Noemí extendió la mano para tomar agua. Debido a un gesto demasiado rápido, derramó la copa de vino santificado por el Rav durante la bendición.

Una mancha roja se extendió sobre la mesa.

—Es necesario que nos esforcemos en elevarnos hacia la santidad —dijo el Rav—. Incluida nuestra familia.

La mirada del Rav se dirigió hacia mí. Todos los ojos se clavaron en el Rav, que se levantó súbitamente.

Era medianoche, era la hora del Tish^[6].

Capítulo 5

Volvimos a la sinagoga, donde tenía lugar el Tish. Había unos cincuenta hombres, vestidos con caftanes negros y con sombreros anchos de piel. El Rav se lavó las manos, se sentó a la mesa cubierta con un mantel blanco. Los cantos empezaron, lentos y recogidos, en la serenidad del Shabbat.

El Rav estaba sentado como un rey en el centro de la sala; todas las miradas dirigidas hacia él tenían un brillo celeste.

Le trajeron un plato de pescado y lo probó. Los hasidim que lo rodeaban observaban cada uno de sus movimientos, comentaban cada una de sus palabras, asentían con la *cabeza* en cada una de sus bendiciones, cerraban los ojos para concentrarse.

El Rav dirigió su mirada hacia su discípulo José, y entonces todos lo miraron.

El Rav miró a mi padre, el macero, y todos lo observaron a su vez.

El Rav consideró a Natán, mi marido, y toda la sala dio un largo suspiro.

Después de tomar un poco de pescado, el Rav pasó el plato a sus discípulos, que comieron los restos, así lo quiere la costumbre.

Las voces humanas se expandían, fervientes, profundas. Los cuerpos se elevaban con las almas. Natán bailaba y yo veía su cara que me miraba a través de la celosía. Parecía poseído por el baile y feliz. Cuanto más giraba, más veía su cara, de cerca, de lejos, y no dejaba de mirarme a pesar de la rapidez, y de pronto, sí, de pronto, su alma se elevó, y súbitamente, sí, súbitamente, todo se volvió sombrío a mi alrededor.

Salimos de la sinagoga y caminamos por las callecitas estrechas de Meah Shearim. Yo me mantenía detrás, a algunos pasos, tal como dicta la costumbre.

—Dime, Natán, ¿qué has visto?

—Por un momento he visto las páginas del Talmud sobre las que había reflexionado durante horas, y problemas que se resolvían como por ensalmo.

—¿Y qué más?

—Te he visto a ti.

—¿Cómo? ¿Dónde?

—Aquí, en la calle, estirada en el suelo.

Se giró lentamente.

Entonces me tomó en sus brazos, me estrechó y sentí cómo temblaba su cuerpo en los míos.

—Esta noche te deseo —dijo.

El fuego del baile lo había exaltado.

Capítulo 6

Al cabo de poco tiempo vino el Yom Kippur. La luz se elevó sobre la sinagoga; el Arca Santa^[7] lució bajo el astro de fuego. Mi padre Salomón, el macero, pasaba por entre las filas, con un aire importante que le daba su barba larga y puntiaguda. Envuelto en su levita, observaba a los fieles a través de sus gafas redondas de concha negra.

Rezamos todo el día y ayunamos hasta la hora de la Neilah^[8], último momento del Gran Perdón en el que debemos concentrarnos muy intensamente para que se nos absuelva de los pecados y se nos perdonen las faltas. Todos se cubrieron los ojos con las manos, para pronunciar la oración: «Escucha a Israel, Eterno Dios nuestro, Dios Único». Mi padre, el macero, llegó cerca del Arca, se puso el chal en la cabeza, cogió la cortina con la punta de los dedos y se la acercó a los labios. La corrió, asió los batientes del Arca Santa y los abrió de par en par. Todos se inclinaron y se levantaron, y todos recitaron con fervor: «Santo, santo, santo, tres veces santo es el Eterno».

En ese momento, mi padre el macero se agachó, abrió el Arca Santa, sacó los rollos de la Tora, cerró los ojos y sus labios los besaron. Los estrechó, los apretó contra su pecho y los sostuvo. Los rollos estaban cubiertos como él de una levita. Y los fieles lo miraban con la cabeza bien alta. Todos se pusieron sus chales de oraciones blancos con rayas negras en la cabeza y juntos empezaron el rezo de la Neilah. Con los ojos medio cerrados, se balanceaban suavemente, de atrás hacia delante, de delante hacia atrás. Todos temblaban al final del día esperando el toque del cuerno de cordero. El ayuno había amarilleado los ojos y chupado las mejillas. Los fieles tenían las caras pálidas y transparentes bajo sus barbas negras. Todos esperaban la Neilah, la Liberación, la gran purificación, el toque terrorífico del sofár^[9] y sus cuatro sonidos, tekiah, teruah, terumah, shevarim. Todos esperaban su toque y sentían miedo en el fondo de su alma. Todos se esforzaban en pensar en lo más santo. Algunos se estiraban la barba, se frotaban las manos; los hombros subían y bajaban, las cabezas se escondían bajo los chales blanquinegros. ¡Temblad, amigos, temblad! ¡Pronto, para los que oigan el toque del sofár, sí, pronto será la hora, la gran hora de la Neilah!

Entonces vi que el Rav se inclinaba hacia su hijo, mi esposo, y le murmuraba algo al oído. Al verlo, yo también temblé.

Capítulo 7

Cada mes es lo mismo. Lloro. Suspiro. Espero. Que mi ropa interior no esté manchada de rojo. Y cada mes me duele el vientre. La sangre se escapa, sangro, ruego, lloro. Mis lágrimas mojan el Muro occidental. Como una oveja abandonada, así vago por las calles. Mis párpados tiemblan, mis piernas vacilan, mis ojos brillan de dolor. Miro a mi alrededor, no veo a nadie que pueda ayudarme.

Mi madre, que es la guardiana del mikvé, el baño ritual, se avergüenza de mi esterilidad. Cada mes, voy a bañarme en el agua de lluvia ya que, al cabo de siete días sin mancha, la mujer debe sumergirse en el mikvé cuando cae la noche, después de que tres estrellas se hagan visibles.

Me parece que expió algo. Sufro, vomito, me arrastro por el suelo, golpeo la cabeza contra la pared. Me quedo acostada todo el día. Natán ha encontrado un nombre para los días impuros. Me pregunta cuándo acabará «mi enfermedad». No se equivoca. La impureza mensual es la enfermedad de la mujer estéril.

Pero sólo podemos volvernos puros porque somos impuros. Por eso la mujer se eleva purificándose cada mes. Cuando todo termina, me voy al baño ritual, me desvisto y, ayudada por mi madre Ana, me sumerjo en la cisterna de agua fría, con la cabeza y todo: es un nacimiento.

—¿Todavía nada? —pregunta mi madre.

—Todavía nada.

—Pronto hará diez años.

—Lo sé. Si quiere, Natán puede repudiarme.

Después camino por las calles, veo a los niños a mi alrededor. Miro a los bebés en sus cochecitos o en los brazos de sus madres. Veo los grupos de niños, a los pequeños y a los mayores que llevan a sus hermanos y hermanas menores, incluso a los hermanos y hermanas más pequeños. Otros se cogen de la mano, formando una cadena interminable: pertenecen a la misma familia, son nueve y se llevan nueve meses de diferencia. Yo tengo veintiséis años y todavía no he concebido a uno.

Sé que está escrito en el texto que el objetivo del amor físico es la procreación. Sin embargo Natán y yo no tenemos descendencia. Pronto hará diez años que nos casamos y soy una mujer sin hijos.

Por nuestro barrio pasan sin cesar niños, responsables o soñadores, alegres o tristes, tranquilos o alborotadores, niñas de ojos grandes y niños con papillotes

rodeándoles la cara sonrosada. Sí, en mi calle hay niños de todas las edades y yo no tengo hijos. Soy una mujer estéril.

Capítulo 8

Esta mañana he ido a la tienda de mi tío para hacer las cuentas, porque ése es mi trabajo, gracias al cual gano un poco de dinero. Así Natán puede ir a la yeshivá todo el día; y yo me siento orgullosa de trabajar para que él pueda estudiar.

Ayer, me disponía a salir cuando el teléfono sonó. Era Jacob, el amigo de mi hermana, que quería venir a verla. Pero debía esconderse, porque no es lícito que un hombre y una mujer se vean antes de ser esposo y esposa.

Mi hermana mayor Nina se casó muy joven, y Noemí y yo vivimos nuestra infancia juntas. Nuestras almas son cercanas, pero la mía se estira como una larga elipse, mientras que la de Noemí es una pequeña rebelde. La quiero como a mí misma y no puedo negarle nada. Quiero proteger su talante frágil, que lucha indeciso entre la desesperación y la rebeldía. Por eso preparé un encuentro entre ella y su enamorado Jacob.

Al día siguiente, mientras trabajaba en la tienda de mi tío, oí que llamaba. Noemí estaba allí. Lo vio, tal como era, con sus ojos claros y su bella sonrisa; se había afeitado la barba, se había cortado su pelo rubio, muy corto, y ya no tenía papillotes. Su cabeza no estaba cubierta por el capelo de terciopelo negro que indica la pertenencia de los hombres a nuestro entorno, sino por un capelo blanco de punto.

Se acercó a ella.

—¿Lloras? —le dijo.

Se miraron con gran emoción y fidelidad; salí para dejarlos solos, poniendo cuidado en no cerrar la puerta, ya que un hombre y una mujer solteros no tienen derecho a encerrarse en la misma habitación, así lo quiere la costumbre.

Capítulo 9

Cuando volví a casa, Natán estaba allí. Se acercó con los brazos abiertos y me apretó contra su pecho.

—Eres hermosa. Tan hermosa como cuando te conocí. ¡Eras tan tímida! ¿Te acuerdas, al principio de nuestro matrimonio?

—Sí. Sí... Me acuerdo.

—¡No te atrevías a levantar los ojos! Tenía la impresión de que ni tan siquiera querías mirarme.

—Tenía miedo.

—Yo también. Nunca había estado con ninguna mujer. Lo había reprimido todo dentro de mí. Tenía miedo de no satisfacerte.

Me acarició el hombro.

—Tu piel tan suave. Tu pelo... recuerdo tu pelo, hasta la cintura.

—Ya no lo tengo.

—Eres todavía más guapa que cuando te conocí. Me encanta mirarte. No me canso nunca de contemplar tu cara. A veces me perturba que seas tan bella. No consigo concentrarme en mis páginas de estudio.

Se sentó en el borde de la cama, se quitó los zapatos y los calcetines. Se deslizó bajo el edredón. Subió la sábana. Me dijo: «Mujer, ¡qué agradable es!». Su respiración, Dios mío, su respiración al compás del movimiento me embriagó. Me dijo: «Cómo me gusta tu cuerpo», y me hizo mujer.

Durante un buen rato miré cómo dormía. Estaba transida de frío, transida de miedo, transida de amor.

Me hubiera gustado tanto darle un hijo. Me hubiera gustado tanto tener un hijo. El Shabbat, ahora, me entristece. Los años pasan y, para mí, es como al principio de nuestro matrimonio, cuando pensaba tanto en él que quemaba la comida que le estaba preparando. O ponía demasiada sal.

Al principio... se hicieron las tinieblas que recubrían el abismo de agua que envolvía la tierra, y la palabra dio la existencia a la luz. Hoy, el candelabro de siete brazos ilumina el crepúsculo, luce en todas las sinagogas para recordar la presencia divina. Y se dice que si la mujer enciende las velas del Shabbat es para aportar la luz al corazón de la historia.

Capítulo 10

Lentamente, con cuidado, la desvistió. Iba engalanada con un vestido de terciopelo rojo adornado con bordados de oro y plata. Le quitó las dos coronas que llevaba y el collar de plata. Le desabrochó el vestido y lo dejó caer al suelo. Desnuda, la rodeó con sus brazos. La levantó, sus ojos sonrieron; la sostenía bien alto, bien alto entre sus brazos mientras la estrechaba con amor. Después puso los rollos del manuscrito sobre la mesa.

Aquella mañana, era mi marido Natán quien leía la Torá y yo lo miraba con las manos sobre la celosía, a través de los pequeños agujeros del enrejado. A mi lado estaba mi hermana Noemí que también miraba la sala de los hombres, absorta. En el lado de las mujeres se oyen gritos de niños; es difícil oír la oración. Por eso miramos a través de este enrejado de madera que nos separa de los hombres, a quienes vemos y quienes no nos ven, ya que no se les puede distraer.

Es una pequeña sinagoga. Allí hay una treintena de hombres que rezan. Algunos adeptos estudian y discuten, otros se ponen o se quitan el chal de oraciones y las filacterias en las cuales se guardan pasajes de la Torá; otros salen y entran, vienen y van, están sentados o de pie.

Cada mañana, Natán reza; sus labios se mueven lentamente o más deprisa, su cuerpo se balancea acompasadamente, su cabeza se inclina, sus ojos se cierran, medita en silencio.

Dice: «Alabado seas, Eterno, nuestro Dios, Rey del Universo, porque has colmado todas mis necesidades. Alabado seas, Eterno, nuestro Dios, Rey del Universo, porque das fuerza a Israel. Alabado seas, Eterno, nuestro Dios, Rey del Universo, porque coronas a Israel de gloria. Alabado seas, Eterno, nuestro Dios, Rey del Universo, porque no me has hecho nacer idólatra. Alabado seas, Eterno, nuestro Dios, Rey del Universo, porque no me has hecho nacer esclavo. Alabado seas, Eterno, nuestro Dios, Rey del Universo, porque no me has hecho nacer mujer».

Desde este Shabbat Natán está distraído. Desde este Yom Kippur, elude mis preguntas, evita mi mirada. Cuando le pregunto la razón de su preocupación, no me responde. Cuando le cojo la mano, la retira. A veces sale y observa durante un buen rato, desde la escalinata, a la gente en la calle, a los sastres en sus pequeños talleres, a los panaderos y a los pasteleros, a los fabricantes de pelucas y de objetos rituales, de sombreros y de gorras, a los orfebres, a los librereros, y a los viejos rabinos que andan, cojeando, ayudados de un bastón. Después entra. ¿A quién espera? ¿Qué espera?

Observo atentamente su cara llena de luz, sus ojos transparentes, leo en sus labios

prietos, toco sus manos, toco sus brazos. Lo deseo, sí. Cuando me roza, mi cuerpo se estremece. Una noche, me hizo sentar en la cama, y me quitó los zapatos. Mis piernas estaban ceñidas por unas medias opacas.

Me las quitó, miró mis tobillos y, fascinado, acarició mis pies. Con los dedos de su mano dibujó la forma de los dedos de mi pie. Después, tomó tiernamente mis pies y los cubrió de besos.

Sí, lo deseo, sí... Mis ojos enrojecen, mis labios tiemblan. Mis ojos lo miran, por la noche, por el día, mis manos lo buscan, mi boca lo espera, mi corazón late con sus abrazos.

Amo su olor, el olor de su cuerpo. Es un perfume embriagador.

Capítulo 11

El día se levantaba sobre la sinagoga. Los rayos de luz mate penetraban en la habitación, iluminando el Arca Santa. Desde detrás de la celosía vi a mi padre, el macero, con su barba larga y puntiaguda de un blanco amarillento y sus pequeños ojos penetrantes. Cubierto con su chal blanco, distribuyó los libros y los chales de oraciones y se dirigió hacia el Arca Santa. Se detuvo, se puso el chal en la cabeza. De repente y con brusquedad, asió los batientes del armario y los abrió de par en par. Después se arrodilló, cerró los ojos y besó los rollos de la Torá; los rodeó con sus brazos y los estrechó contra su pecho.

Mi padre se aproximó manteniendo la Torá apretada. Los fieles se separaban para dejar libre el camino y, mientras él avanzaba, se inclinaban a su paso y se llevaban a los labios un fleco del chal que estaba en contacto con los rollos.

Después los asistentes esperaron. Algunos continuaban rezando, salmodiando para sí mismos. Otros meditaban en silencio.

El Rav tomó asiento ante la mesa donde se encontraban los rollos de la Torá. Lentamente comenzó a abrirlos a fin de proceder a su lectura.

Oí a mi padre, el macero, nombrar a los que tenían el privilegio de asistir a la lectura y de subir al púlpito, y oí a todos los fieles alabar al Eterno, ya que era digno de alabanzas.

Después de la lectura de la Torá, mi padre tomó los rollos, los mostró a los fieles para que todos los veneraran y los volvió a dejar en su Morada de descanso.

En ese momento, el Rav se levantó de la silla y se puso en el centro de la sinagoga. Todos callaron. Y el Rav habló: anunció que el momento había llegado y que el Mesías iba a venir pronto. Los hasidim estaban impresionados por las palabras del Rav. Las mujeres, que lo escuchaban atentamente, con sus manos frágiles agarradas a la celosía, temblaban un poco. Y el Rav continuaba, anunciaba que el humo subía y que estábamos al final de los días y que pronto, sí, pronto, ¡sería el fin del mundo!

Entonces vi que el Rav se inclinaba hacia Natán. Vi cómo Natán lo miraba y movía la cabeza, y su cara entera decía «no» y sus labios entreabiertos expresaban la cólera sorda de su corazón, y el Rav hablaba y Natán decía «no».

Salí de allí nerviosa. Fuera, un niño lloraba a lágrima viva. Estaba allí delante de la pequeña sinagoga, perdido. Una mujer se inclinó hacia él y le cogió la mano. Me alejé del barrio.

Caminé, caminé hasta el casco antiguo, hasta el Muro occidental. La temperatura

era alta. Me moría de calor con la ropa ancha de tela gruesa y con las medias blancas gruesas que me oprimían las piernas, me oprimían el corazón, me oprimían el alma.

El Muro resplandecía bajo el sol de la mañana. Sus milenarias piedras blancas se elevaban majestuosas, y las del suelo, pulidas, brillaban reflejando el blanco resplandor de aquél.

«¡Muro, oh Muro!», dije. «Aquí tienes mi oración. Y tú, Dios mío, escucha, ven, mi mano está sobre ti. Ves, aquí hay un hombre. Este hombre no es más guapo que otro. No es más inteligente ni más rico. Este hombre es tu estudiante y se llama Natán. Y este hombre, que no es ni más bello, ni más inteligente, ni más rico que los otros, es el hombre que tú me has dado. Y a este hombre lo he amado. Por favor, no me lo quites. No te lo lleves. O me moriré».

Capítulo 12

Por la tarde fui a visitar a mi madre Ana. Mi padre y mi madre viven en un piso de dos habitaciones, lleno de muebles. Noemí, Nina, su bebé, sus dos hijas pequeñas y sus dos hijos pequeños estaban allí. Tomé el té que me sirvió mi madre y lo bendije: «Bendito seas, Tú que has creado todo con Tu palabra».

Los niños tenían la nariz pegada al cristal y miraban afuera. En la cocina, mi hermana Noemí cortaba afanosa trozos de carne con golpes secos y rápidos, lo que llamó la atención de los pequeños. Las niñas estiraban el cuello y miraban. Después, se sentaron cerca de mí. Yo pelaba una cebolla. Las lágrimas caían por sus mejillas. Se las sequé con el faldón de mi vestido.

Noemí cortó la carne a lo largo, después dejó el cuchillo, cogió los trozos y los añadió al montón de cebolla cortada en lonchas.

La saqué de la cocina y la llevé conmigo a un cuarto. Me miró.

—Has llorado —me dijo.

—Es la cebolla.

—No. Has llorado.

—Mira, Noemí —respondí sacando un papel de mi bolsillo—. He recibido una carta. «Una mujer sin hijos», dice, «es como si estuviera muerta».

—¿Quién te ha enviado esto? —me dijo Noemí.

—Lo ignoro. Pregunté a Natán de dónde venía esta frase.

—¿Y?

—Proviene del Talmud.

—En el Talmud —dijo Noemí— está escrito todo y su contrario. Para cada frase, hay exactamente la contraria... Cada cual encuentra lo que quiere. Aquí, nos hacen creer muchas cosas y así nos hacen hacer lo que quieren. ¡Y estas leyes durante las menstruaciones a causa de las cuales se nos trata como aapestadas! No tenemos derecho a ser tocadas y todo lo que tocamos se vuelve impuro. No podemos ni tan siquiera tenderle un vaso a un hombre. ¿Crees que está escrito en el Talmud todo esto?

—Es la ley de nuestros padres. Creo en esta ley, tanto como crees tú.

—A veces se equivocan, o bien nos engañan. ¿Sabes lo que dicen de nosotras?

—¿Qué dicen?

—Dicen que la mujer es frívola y que tiene el corazón inconstante. Por eso no tiene derecho a estudiar el Talmud. ¿Y por qué no tenemos derecho a tocar la Torá?

—Tenemos derecho.

—¡No, quiero decir —dijo alzando una silla en el aire— cogerla con las dos manos y levantarla en medio de la sinagoga como un hombre!

—¡Estás loca!

—¿Crees realmente que fue Moisés el que redactó estos libros, bajo el dictado divino?

—Son obra de una mano humana, pero revelan y se basan en palabras dichas y transmitidas de generación en generación...

—Mira a los otros —dijo mi hermana—. Escuchan la radio, miran la televisión. Los vemos incluso paseando en coche. Las mujeres llevan mangas cortas. Conducen. Ríen. El otro día, una de ellas pasó con los brazos al descubierto. Enseguida, unos hasidim le tiraron piedras. ¿Crees que es normal vivir como nosotras vivimos?

—Sí, pero...

—Raquel, tienes que ir al médico.

—Ya he ido.

—No. No hablo de nuestros médicos, no te examinan a causa de nuestra ley. Hablo de otra clase de médico.

No quería que un hombre que no fuera mi marido me viera desnuda.

Capítulo 13

Por la noche no pude dormir. Esperaba a Natán en mi pequeña alcoba luminosa.

Volvió muy tarde pero me levanté, me acerqué a él y me acosté a su lado. Las sábanas dibujaban la forma de su cuerpo. Su camisa de dormir dejaba entrever sus hombros blancos y finos. Había estudiado, y el estudio se leía en su tez pura, luminosa y serena.

Le acaricié la curva del cuello y también los hombros; sin embargo, cuando quise besarle en la boca, me rechazó. Le dije que no podía dormir, pero no me escuchó. Lloré, pero no me consoló.

Fui al cuarto de baño. Me desnudé. Me miré al espejo. Mis senos y mis caderas redondeadas eran bellos y atractivos, pero mi cuerpo estéril no atraía al hombre que yo amaba, y ya no teníamos derecho a tocarnos porque únicamente sería por placer, no por la santificación del Nombre divino.

Volví a mi alcoba para pasar una noche de insomnio. Dar vueltas y más vueltas en la cama, pensar en él una y otra vez, en su cuerpo, en el dibujo extraño de su espalda un poco arqueada, en su pecho imberbe. Mis senos me dolían de desearlo. Soñaba — o no sé si soñaba—, imaginaba que estaba allí, cerca de mí, pegado a mí. Un escalofrío me recorrió el cuerpo. No pasaba nada y estaba sola, abandonada.

La disciplina y el dominio de sí constituyen la clave de la felicidad. Primero los ojos ven, después el corazón desea y al final el cuerpo peca. Cada mañana, Natán se pone las filacterias para ver la Cara de Dios omnipresente. Cada mañana se las ata alrededor del brazo y se acuerda del Nombre de Dios. Y cada mañana piensa en lo importante de la vida y se pregunta por qué ha nacido y cuál es el objetivo de la existencia.

Cada mañana, Natán se pone el chal de oraciones que no se quita en todo el día. Cuenta los nudos de los hilos sujetos a las cuatro puntas del chal. Hay ocho hebras de hilaza que pasan por un pequeño agujero situado cerca de cada punta; tienen cinco nudos entre los cuales hay cuatro grupos de devanado. El grupo más cercano a la punta tiene siete devanados y los siguientes, ocho y once, respectivamente, lo que suma un total de veintiséis nudos, el valor numérico del nombre de Dios.

Cada noche, Natán se instruye en la sala de estudio donde los alumnos debaten sobre los textos, en grupos de dos o a veces en grupos de tres o cuatro. El Rav pasa entre los grupos escuchando las conversaciones y prodigando sus comentarios. Hablan de bueyes y de campos, de oraciones y de mujeres, hablan de todos los temas. Pero ¿cuál es el sentido de todo esto?

—¿Te acuerdas, Natán? —le dije mientras procedía a sus abluciones—. La primera vez. Hace ya casi diez años.

—Acabábamos de casarnos.

—Un rayo de sol se posó justo en nuestra cama.

—¿Recuerdas lo que te dije?

—Que tú querías ser mío para siempre.

—Sí.

—Pero yo no sabía si esas palabras querían decir «para siempre» o bien «siempre», es decir, todo el tiempo que estuviéramos juntos. ¿Nuestro amor es eterno?

—Ayer fui a ver al Rav, mi padre. Le pedí que mantuviéramos una conversación a solas. José, su asistente, entraba y salía, y le entregaba preguntas escritas que la gente formulaba para pedirle consejo. Pero yo quise estar a solas con él.

—¿Qué le dijiste?

—La verdad. Dentro de dos días hará diez años que me casé con una mujer y todavía no tenemos hijos. La quiero. ¿Debo separarme de ella?

—¿Qué respondió?

—Dijo que el hombre y la mujer juntos obran como creadores, tienen el poder divino de crear una nueva vida, destinada asimismo a crear nuevas vidas y así sucesivamente hasta la eternidad. Es ese poder divino lo que fundamenta el matrimonio.

—El poder divino ¿no es acaso la relación que tenemos tú y yo? Y el sentido de todas nuestras leyes ¿acaso no es nuestra unión?

—Le dije que te amaba. Su respuesta fue que la procreación determina de manera esencial a la humanidad en este mundo. Me dijo que el mundo fue concebido sólo para la procreación y que este mandamiento define al hombre como un puente entre Dios, que es inmortal y no procrea, y los animales, que engendran sin haber recibido el mandamiento. Hay que prepararse para los tiempos mesiánicos dando nacimiento a todas las almas destinadas a nacer, y el que no cumpla este deber retrasa la venida del Mesías.

—¿Así es como el Rav, tu padre, se expresó?

—Y José ya había preparado el acta de divorcio.

Capítulo 14

Roja como la sangre, la sangre que está ahí, por todas partes, en nuestras bocas, en nuestras venas, sobre estas manos, estas manos manchadas de sangre, sobre esta tela que froto, que froto indefinidamente para quitar las manchas de sangre. Aunque esté prohibido consumir sangre, la carne animal queda siempre impregnada, como si la vida persistiera, a pesar del desangramiento ritual del animal y a pesar de la sal gruesa en la que la carne se deja durante toda la noche. Odio esa sangre que mana y que me da náuseas.

Deslicé el pequeño papel en la hendidura del Muro y apoyé la cabeza contra éste. Que me bese con los besos de su boca, su aliento en mi aliento. Se dice que el matrimonio es una santificación del Nombre divino. La relación entre el hombre y la mujer es santa cuando se produce en el momento adecuado y con una intención decente. Éste es el secreto: cuando el hombre se une a su mujer en la santidad, la unión de sus cuerpos es un conocimiento. Por eso la relación entre el hombre y la mujer tiene lugar preferentemente en la noche del Shabbat, ya que éste es el fundamento del mundo y el reflejo del mundo en las almas.

Me enseñan a tener pudor desde pequeña: los esposos duermen en camas separadas y tienen relaciones en habitaciones oscuras, el hombre encima de la mujer, cara a cara. Algunos dicen que hay que estar vestido al máximo.

En ese caso, ¿por qué nos han cubierto de carne? ¿Por qué nos han fortalecido con huesos y nervios? ¿Por qué esta piel que me arde cuando me acerco a él? ¿Por qué no consigo dormir, por la noche, cuando sueño con él? ¿Por qué estos huesos y estos nervios si no sirven para nada? No deseo ardientemente tener un hijo; deseo ardientemente hacerlo.

Esta envoltura terrestre, si sólo es un vestido que hay que quitarse cuando cae la noche, está maldita. Mi frente, mis manos, mis pies, todo mi cuerpo lo desea.

Su torso, su cuerpo, sus ojos oscuros y su boca me obsesionan. Amo sus defectos, su mal carácter, su cara angulosa y sus manos tan finas. Las quiero sobre mí.

Evita mi mirada, elude mis preguntas. Se ausenta de mi lecho. Dice que no tenemos derecho. Dice que está escrito en la Torá, que el fin del amor físico es la procreación. La noche del Shabbat, cuando la ley nos ordena que lo hagamos, él se duerme. Dice que no tenemos derecho, que está escrito. Pero en el texto está escrito que el marido tiene el deber de satisfacer a su mujer. Y que ella tiene derecho a pedir el divorcio si

él no la satisface. Me ausento de su corazón. Busco su mirada y no la encuentro. Busco y vuelvo a buscar al hijo deseado y no lo encuentro.

Quisiera dejarlo sin perder nada, sin perder el amor, aprender a desamarlo... pero no puedo. La otra noche lloré, pero no era un torrente de lágrimas, sólo algunas lágrimas secas, auténticas lágrimas de dolor.

—No has comido...

—No.

—Hace ya tres días, Raquel.

—Ya lo sé. Hoy he ido al mikvé.

—Sí.

—Ya no estoy en período de impureza.

—Estoy agotado. He tenido un día difícil. Quiero dormir. Apaga la luz.

—¿Natán?

—¿Qué?

—¿Piensas que no tenemos derecho a hacerlo?

—Sí.

—Si no lo hacemos, ¿cómo vamos a tener un hijo?

—Hace ya diez años, Raquel. No tendremos ningún hijo.

—Lo podemos intentar todavía. Quizás haya alguna esperanza.

—La esterilidad es una maldición. No lo conseguiremos.

—¿Crees que es el signo de la recusación de nuestra unión por parte de Dios?

¿Crees que no estábamos predestinados a casarnos el uno con el otro?

—No lo sé...

—¿Y nuestra unión? ¿Tú y yo? ¿No es importante? Es un mandamiento.

—Ahora busco otra cosa. Estudio. Me parece haber dejado de lado mis estudios durante diez años. Antes de casarme contigo era un alumno notable. Había desarrollado la memoria... Ahora ya no es lo mismo. Tengo la impresión de haberme retrasado.

Me acerqué a él, lo abracé, lo besé.

—Deja... Deja que te demuestre que no te has retrasado y que Dios aprueba este matrimonio.

Las dos velas del Shabbat, puestas encima de la mesa, se estaban apagando. Natán dormía en su cama.

Capítulo 15

—¡Oh, hermana mía! —dijo Noemí al día siguiente junto a la celosía de la sinagoga—. Aunque nos hagamos todo tipo de preguntas, nadie nos responderá. Sólo somos mujeres, ¿no? No se enseña a las mujeres.

—No digas eso. Nuestro padre nos ha enseñado la ley.

—Entonces, ¿por qué? ¿Por qué no puedo amar a Jacob, al que tanto he esperado? He recibido muchas propuestas y cada vez invento un nuevo pretexto. Nuestra madre ya no entiende nada. Dice que es pobre, que no tiene dinero para mantenerme hasta que acabe los estudios. De hecho, no hace más que escuchar al Rav... ¿Sabes lo que éste le ha dicho?

—No.

—¡Mira, mira el hombre al que me destinan! Ha dicho que debo casarme con José.

José, el asistente del Rav, es un hombre grueso. Cuando reza, el sudor le resbala por las sienes hasta mojar su libro de oraciones.

Hoy he hecho venir a Jacob. Le he abierto la puerta. Después he llamado a Noemí, que lo esperaba escondida en la trastienda. Él se ha acercado a ella y le ha hablado con delicadeza.

—Jacob —le ha respondido Noemí—, ¿por qué te has ido? ¿Por qué me has abandonado? ¿No ves que nadie te perdonará lo que has hecho?

—Es cierto, me he ido —ha dicho Jacob—, en contra de la opinión de todos. Cuando decidí hacer el servicio militar, todos mis compañeros de la yeshivá se enfadaron conmigo. Mis padres no me hablan desde que se enteraron... Sé bien lo que la gente piensa de mí aquí. Sé que no permitirán que me case contigo.

—No...

—Noemí, sigo siendo creyente. En el Líbano conocí días, semanas sin sueño, cuando hacía guardia en un tanque. La guerra no es un juego y los tiempos que corren son duros, muy duros. Pero el soldado que yo era, vestido de verde y con metralleta, cuando podía iba a inclinar la cabeza al Muro occidental para rezar.

Noemí se ha dado la vuelta. Una lágrima le ha resbalado por la mejilla.

—¿Qué pasa? ¡Dime lo que sucede!

—Mi madre está conviniendo mi boda con otro hombre.

—¿Cómo? ¿Quién es?

—Es José, el discípulo del Rav.

—¿Es cierto? —me ha preguntado.

—Lo es, sí —le he respondido.

He vuelto a salir. Los he dejado a solas y he cerrado la puerta.

Capítulo 16

Aquella noche, Natán no fue a la sinagoga. Cuando le pregunté por qué, me respondió que prefería no ver a su padre, el Rav, porque éste quería que él tomara una decisión. Él no sabía si Natán era capaz de hacerlo por sí solo.

—Me dijo que se sentía mayor, que ya no tenía mucho tiempo por delante, que ya no tenía ganas de continuar. Me dijo que quería morir con el corazón tranquilo. «Natán, ¿no sientes? ¿No sientes llegar otra era? ¿No sientes que pronto pasará algo? ¿Estamos en otro tiempo! Hay que rezar. ¿Rezas? ¿Ayunas? ¿Haces penitencia? De modo que hay que decidirse a cumplir con nuestro deber. Conoces la ley. Una hija de Israel tiene como único fin en la vida traer a este mundo niños judíos y posibilitar el estudio de su marido. Dios ha creado al hombre para que estudie, mientras que la inteligencia le ha sido dada a la mujer para que participe indirectamente en la vida de la Torá, preparando la comida, limpiando la casa y, sobre todo, criando a sus hijos. ¿Qué otra alegría puede haber para la mujer? Los hijos son nuestra fuerza. Así es como los venceremos». ¿A quién?, le pregunté. «A los otros, los impíos, los heréticos que gobiernan este país. Nuestros hijos son nuestro futuro, son el futuro de nuestro judaísmo. ¿Lo comprendes? Ellos no tienen hijos y precisamente el futuro nos pertenece gracias a la existencia de los nuestros». ¿Y por eso es necesario que me sacrifique, que te sacrifiques?, le pregunté. «Sí. Formamos parte de esta lucha, de este combate por la santidad».

Natán me contó lo que el Rav, su padre, le había dicho y se acostó en la cama.

Salí y fui al Muro. Y, con una mano apoyada en él y la otra en la cabeza, recé.

Capítulo 17

En el baño ritual me desvestí. Mi madre, la guardiana del baño, me inspeccionó, me cortó las uñas, aunque ya estaban cortas, y después me miró todo el cuerpo para ver si no había rasguños.

Me examinó los hombros, la espalda y el pecho. Me pasó la mano por la planta de los pies; con una lima, me quitó las pieles muertas.

—Se me hace extraño que el examen sea siempre tan largo conmigo...

—A veces la causa de la esterilidad se debe a la falta de respeto por las leyes de la pureza —respondió mi madre—. ¿Te has puesto el paño bien a fondo?

—Sí.

—¿Has contado siete días?

—Sí.

—¿Estás segura de que el paño está completamente limpio, sin manchas negras ni amarillas? ¿Estás segura de haber respetado las leyes de la pureza?

—El otro día descubrí una mancha en mi ropa interior, pero no tuve la sensación que siento normalmente durante la menstruación.

—¿Qué hiciste?

—Fui a casa del Rav y le enseñé la mancha.

—¿Y qué te dijo?

—Me dijo que esa mancha no era ilícita porque no iba acompañada de la sensación física específica de la menstruación.

—Entonces ¿estabas en período de impureza?

—El Rav me recomendó que procediera al examen ritual, es decir, que me pusiera un paño en el interior de la vagina. Si salía manchado de sangre, estaba en período de impureza. Si no, no.

—¿Y bien?

—No había sangre.

—¿Se lo contaste a tu marido?

—Sí. Pero Natán dice que no tenemos derecho.

—Pero...

—Dime cuántas mujeres ves así cada día.

—No lo sé... Cuarenta, cincuenta a veces...

—¿Soy guapa y deseable?

—¿Cómo?

—Mi cuerpo... ¿es feo comparado con el de otras mujeres?

—¡Dios mío! ¡Lo que hay que oír!

Bajé por los peldaños del baño hasta que el agua cubrió mi pecho. Después sumergí siete veces la cabeza. De esta manera me purifiqué, para volver al lado de mi marido tan pura como el día de mi boda, para transformarme en otra mujer, para volver a empezar con él nuestra historia desde el principio.

La mujer se transforma en otra cada mes, como la luna, que crece nuevamente pasados treinta días. Y el hombre la puede ver como una mujer nueva. Es agua de manantial, es agua de lluvia, y el agua del cielo se une con el agua de la tierra porque es el agua de la creación. En el fondo, muy en el fondo, veo el manantial, la unión con toda existencia. En el fondo, muy en el fondo, hay silencio, un silencio absoluto. Mi cuerpo cubierto por el agua vuelve a nacer. Con un corazón iluminado, me acerco al mandamiento de la inmersión; quiero ser fiel a tus leyes, quiero rogarte que me limpies de todo pecado y de toda transgresión, de toda tristeza y de todo dolor.

Mi corazón palpitaba de emoción.

«Como la rosa entre las espinas, así es Israel. ¿Y qué representa? La comunidad de Israel, como la rosa, es roja o blanca: vive ora en el rigor, ora en la clemencia».

Capítulo 18

Salí de casa. Fui allí adonde no vamos nunca, a la ciudad nueva. Dejé mi barrio. Caminé y caminé hasta el barrio impío. Allí, entré en la casa. Había una habitación donde se amontonaban periódicos indecorosos. Aparté la mirada. Para nosotros está prohibido tener revistas, libros e incluso radios. Para nosotros está prohibido interesarse por lo que pasa fuera. No podemos ir al cine, para no tener la tentación de cometer malas acciones.

En aquella sala silenciosa, pensé en mi matrimonio, en mi noche de bodas... Sabía que no tenía derecho a encerrarme en una habitación con un hombre. Y menos, desnuda. El hombre no tenía barba ni papillotes. Debía de tener unos cuarenta años. Era bastante alto, tenía las mejillas blancas, el pelo corto y los brazos descubiertos.

Sabía que no tenía derecho a hacer lo que hacía. Ni el profundo desasosiego en el que estaba justificaba que yo violara así la ley. Me desabroché la camisa blanca, me quité la falda y las medias beige. En un momento me quedé en combinación delante de él. Me miró y me dijo que me desvistiera.

Me quedé desnuda delante de aquel hombre, como nunca lo había estado delante de mi marido. Estaba allí, delante de él, a plena luz. Me acosté en la camilla y me miró. Me preguntó si era la primera vez que hacía aquello. Sí. Me dijo que no era nada y que tenía que relajarme. Me palpó los senos. Después me dijo que tenía que separar las piernas y, una vez más, me comentó que tenía que relajarme. Nunca hubiera pensado que alguien que no fuera Natán pudiera tocarme así.

—Ahora ya puede vestirse —me dijo el hombre.

Me vestí y me senté delante de él.

—Vuelva mañana para el resultado de los análisis.

—No puedo —le dije.

—En ese caso, espere aquí hasta esta tarde. Volveré para hablar con usted.

Fui a la sala de espera. Esperé y esperé.

Vi cómo las mujeres llegaban. Tenían el pelo corto, como yo bajo mi pañuelo. Algunas estaban embarazadas. Otras estaban muy delgadas y eran muy jóvenes. Unas reían, otras lloraban. Algunas, vestidas con faldas y blusas de manga corta, leían periódicos que nosotras no teníamos derecho a leer. Tres horas más tarde el médico me llamó.

—No hay ningún problema —dijo.

—No lo comprendo —le respondí.

—Usted no es estéril.

Me quedé sin palabras mirándolo fijamente. Y él repitió:

—Señora, usted no es estéril. Todo es normal. Así lo indica el resultado del examen médico.

—No lo comprendo...

—Usted no tiene ningún impedimento para tener hijos.

Fui para saber, pero no para saber aquello.

No fui a verlo para que me diera aquella noticia. Pensaba que quizás existía un medio para curar mi esterilidad. Que mi marido fuera estéril, y no yo, era una noticia que me aterrorizaba. No podía decírselo, claro está, porque no me estaba permitido ir a consultar a un médico. Y aun cuando hubiera podido, no lo habría hecho. No quería que se sintiera responsable. No deseaba que se sintiera humillado. Estaba triste, todavía más triste y desamparada.

Fui al Muro. Llevé la foto en la que lo vi por primera vez. La doblé y la introduje en uno de sus agujeros.

Después me fui a casa. Natán ya dormía. Me acerqué a él. Con cuidado, con mucho cuidado, lo desperté.

—Esta tarde he estado en el mikvé.

—Sí.

—Ya no estoy en período de impureza.

—Estoy agotado —respondió—. He tenido un día difícil y quiero dormir.

Y apagó la luz.

Capítulo 19

Al día siguiente, ordeno la ropa blanca del armario donde también hay libros y documentos. Estoy haciendo un poco de sitio cuando, de pronto, al levantar algunas carpetas, me encuentro con el acta de divorcio que Natán dejó ahí.

Bajo mis pies, el suelo todavía tiembla.

Reúno fuerzas, ordeno mis cosas, voy poniendo poco a poco mi ropa, mis medias y mi libro de oraciones en una maleta. De pronto, encuentro un pequeño chal de oraciones: es el de un niño. Lo miro y en ese momento llega Natán.

Desde el umbral de la puerta, su mirada se posa en la mía. Tengo cogido el pergamino. Se lo alargó. Me lo devuelve. Con las manos temblorosas, me lo devuelve.

Sí, así sucede: su mirada, desde el umbral de la puerta, se cruza con la mía. Nos miramos hasta el fondo del alma. Miro el pergamino: letras borrosas, letras negras agrandadas, letras de fuego. Se lo doy. Mis dedos tiemblan, no puedo contenerlos. Mis hombros también. Todo mi cuerpo se estremece. Me toma entre sus brazos. Nos quedamos así durante un buen rato, bajo el umbral, abrazados fuertemente, con amor y piedad.

Así pues, me voy con la maleta a casa de mi madre. Vuelvo a ocupar mi habitación, mi habitación de soltera. Sueño estirada en la cama. Descanso. Oigo la sangre latir en mis venas, siento dentro de mí tanto cansancio que creo soportar la carga del mundo sobre mis hombros. Levantarme de la cama me parece un esfuerzo insuperable. ¿Hasta dónde me hundiré?

Natán ya no está a mí lado. Ya no se pone las filacterias. A mi alrededor, ya no hay nada. ¿Dónde estoy? ¿Qué hacer? Estoy sola. Soy una mujer repudiada. Un hombre nacido para el mundo entero no está interesado en comprometerse en la unión de un matrimonio estéril. Su santidad. Eso es lo más importante. Su elevación espiritual. Pero ¿cómo puede aceptar separarse de mí? ¿Cómo puede creer en la elevación si se nos separa así?

Me despierto, enrojecida por las uñas que me clavo en la piel. Sufro por la vergüenza que no quiero que él padezca. Tengo la impresión de haberme convertido en un monstruo para los demás. Todo el mundo me mira, me señala, me critica.

Lo hago todo para olvidarlo. Me refugio en la oración e invoco el nombre de Dios. Digo: Mi amparo es Natán. Mi roca es él. Y mi felicidad. Mi auxilio al amanecer es él. Mi luz es él. Sólo él puede levantarme el ánimo. Sólo él puede hacerme tan feliz como una madre de familia. Hace que me sienta fuerte y segura. Es mi albor al amanecer, mi llama secreta en las tinieblas.

¿Cómo olvidarlo cuando lo deseo? Deliro noche y día. Lo deseo todavía, lo he deseado desde el primer momento, es mi oración nocturna. Y estoy celosa, y los celos me devoran. Estoy resentida con él. Él es quien lo ha roto todo; ha roto nuestro amor, ha roto su promesa. Ya no me ama. Él cree que ya no le sirvo para nada. De modo que me tira, se deshace de mí, avergonzándose en público. Lo teníamos todo y lo hemos perdido.

Nuestra madre dice que cuando un zorro cae en una trampa, se corta la pata con los dientes para liberarse. Pero yo no puedo perderlo. No puedo separarme de él. Quiero verlo. Lo espío. Estoy ahí, en la puerta de la sinagoga. Me pongo delante de sus ventanas, mis ventanas. Miro las sombras porque soy una sombra. Me escurro en la noche indefinidamente. Yerro por las calles de Meah Shearim, sin rumbo. Ya no tengo casa. Ya no tengo a nadie. Mi cuerpo me duele de tanto pensar en él. Lo añoro, sí, y mi carne lo añora. Lo deseo y este deseo me abrasa la piel.

Me levanto con lentitud. En la cocina de mi madre hay platos sucios en el fregadero. Agrupo las tazas de café y las pongo unas encima de las otras. Cojo la pila inclinada de las tazas y el recipiente de café vacío que está sobre el sencillo parque despojado de barniz y lo pongo todo en la cubeta. Lavo los platos. El contacto con la vajilla me produce un efecto extraño. Las lágrimas se deslizan por mis mejillas, sin parar. El agua, que está ardiendo, cae en las tazas. Sigue y sigue saliendo y lloro a lágrima viva como el agua que corre.

Me habría gustado tanto que hubiera estado aquí...

Capítulo 20

Mi hermana Noemí ha venido a visitarme. Se mete en la cama, a mi lado. Me acaricia el pelo, los ojos, las mejillas. Sus pequeños ojos oblicuos ya no sonríen. Sus pequeños luceros sesgados ahora están tristes y atormentados.

—¿Sabes lo que dicen? Dicen que la próxima semana se celebrará mi boda con José.

Se levanta y esboza un paso de danza. Después coge una muñeca y da vueltas alrededor como si las diera alrededor del esposo, siete veces alrededor de la torre que es el prometido de la prometida, el esposo de la esposa.

—¡Mi boda con José!

De repente, se deja caer en la cama con su muñeca desmembrada.

—Es lo que dicen, pero... ¿sabes una cosa? Soy una chica maja, ¿no? Bueno, de acuerdo, no me gusta mucho cocinar ni limpiar la casa pero... pronto aprenderé contabilidad como tú para ganar dinero con el fin de que mi marido pueda estudiar. Y me cortaré el pelo y me pasaré la vida embarazada y... Voy a entregarme a Jacob antes de la boda. Así José verá que ya no soy virgen y me repudiará. Vas a ayudarme, ¿no?

Un llanto afligido recorre su cuerpo menudo y delicado. La rodeo con mis brazos y la beso.

—Muy bien —dice—. Esto es la morada del demonio, la guarida de todos los pájaros de mal augurio que sacian la sed de las naciones de su vino de furor. Odio a Sus criaturas. Odio Su creación. ¡Lo odio!

No le he respondido.

—Dime, dime cómo es la primera vez... ¿Cómo fue tu primera noche con Natán? Explícamelo. Nunca me lo has explicado.

Me acaricia y me ata el pelo con ternura. Sus pequeños ojos rasgados sonríen inquietos e insistentes.

—Cuéntamelo.

—Por la noche —le he murmurado al oído—, me reuní con mi esposo en la cama... Me desabroché el vestido blanco, me quitó la combinación... Nos quedamos juntos, acostados en la cama de la alcoba...

»Mi marido se quitó los zapatos negros que albergaban sus pies, después, las medias negras... Hizo caer el pantalón... Se quitó la camisa blanca, y bajo la camisa... Dudó antes de quitarse el pequeño chal de oraciones: es el signo de la Alianza... No conocía la ley en ese aspecto... Se había anudado el cordón alrededor de la cintura para que la parte directiva del cuerpo y la parte prosaica se separaran... Lo deshizo y apagó la luz... Estábamos en la penumbra...

—Y entonces, qué.

—Empezó a hablarme, alabando mi corazón y apaciguando mi alma. Me dijo palabras que me condujeron al deseo, a los abrazos y al amor. Mi cuerpo se sintió atraído por sus palabras de gracia y seducción. No me forzó. Me acarició el cuerpo y me conoció. Se introdujo en mí por la vía del amor y del consentimiento.

Me callo. Sus ojos pequeños y sorprendidos me miran fijamente.

—Levántate Raquel —me ha dicho mi hermana—. Levántate.

Me levanto. Camino por la calle, por mi calle, hasta llegar bajo su ventana, mi ventana. Quiero decirle que vuelva a mí y que sea mío, o más bien no: más bien quiero decirle que no debe volver a casarse, que debemos estar juntos, que no tenemos elección, pero de mi boca no salen palabras y no puedo decir nada, no puedo hablar. Quiero decirle que busco consuelo a su lado. Quiero decirle que ya no tengo nada, que estoy a merced de todos. Y busco protección en mi marido, pero ya no tengo marido. Quiero decirle todo esto pero no puedo porque no salen palabras de mi boca y mi boca es estéril.

Capítulo 21

Hoy es el día de la boda de José y Noemí. Bajo la carpa, los novios se reunirán con el Rav y mi madre. El novio ofrecerá a la novia una alianza. Después beberán juntos la copa de vino. La esposa, según la costumbre, dará siete vueltas alrededor del esposo y la fiesta empezará.

Lo recuerdo. Veo a los novios juntos bajo la carpa, con el Rav, mi padre y mi madre. Veo al novio ofrecer el anillo a la novia, los veo beber la copa de vino. Veo a la esposa y al esposo y veo, sí, veo a la esposa dar siete vueltas alrededor del esposo, su esposo, y la fiesta que empieza. Los hasidim bailan, bailan a su alrededor la danza del amor, la danza del olvido, la danza de la muerte.

Veo romperse la copa. Ya no sé qué me recuerda.

Antes de la boda, todos se ponen alrededor del Rav y éste habla. Y anuncia: «El pueblo que andaba en las tinieblas verá una gran luz. Él está ahí, pronto estará ahí, entre nosotros, os lo digo, os lo prometo». Así habla el Rav.

Todos esperan la llegada de la novia. Pero la novia no llega.

Antes de la boda, Noemí se ha levantado. Se ha vestido. Se ha pintado los labios. Se ha desordenado el pelo, su bonito pelo que se había cortado para la boda. Se ha doblado las mangas como las mujeres en la sala de espera del médico. Después se ha mirado al espejo y ha rechinado los dientes.

Ha salido. Ha caminado y caminado sola por al calle. Ha llegado al barrio impío. Ha entrado en un bar. En esa atmósfera llena de humo, los hombres y las mujeres hablaban. Una mujer maquillada cantaba. Los hombres la escuchaban.

Una mujer la ha mirado. Noemí se ha dirigido hacia ella.

La mujer se le ha acercado y le ha tocado el pelo.

—Y bien, guapa, ¿quieres divertirte? Ven, que te voy a presentar a otros dos o tres desvergonzados.

Cuando Jacob ha llegado, mi hermana Noemí se ha dirigido hacia él, lentamente. Ella le ha tendido la mano. Es a él a quien quería ver.

Cuando volvió a Meah Shearim, era demasiado tarde. José la esperaba en el umbral.

—¿De dónde sales? ¿Has visto la hora que es? —le dijo.

Ella no le respondió.

—¿Dónde está tu pañuelo? ¿Y tu vestido de novia?

Ella no le dijo nada.

—¿Vas a decirme de dónde sales o qué? ¿Vas a decírmelo?

Él la cogió por el brazo.

—¿Qué te pasa? ¿Quieres arruinar nuestras vidas? ¿Sabes lo que se les hace a las mujeres adúlteras? —le gritó—. ¿Lo sabes? ¡Putá!

Tenía los ojos tan negros como un profundo abismo.

Se acercó a ella.

Ella lo miró sin miedo.

—¡Juro ante Dios que voy a matarte!

Entonces mi hermana Noemí vino a nuestra casa. Vino para verme y contarme su historia. Me besó y se fue con Jacob. Era a él a quien quería.

Capítulo 22

Por la noche, sueño con Natán, lo llamo. A mi alrededor arden las llamas. Mi corazón alberga la sonrisa de sus labios, como el día en el que lo vi por primera vez... Fue en nuestra boda. Di siete vueltas alrededor de él sin dejar de mirarlo y le sonreí... El hombre con el que me casé... Un rayo luminoso se posó sobre nosotros mientras nos abrazábamos en la alcoba. La ventana pequeña estaba entreabierta, la cortina palpitaba suavemente y corría aquel viento, la brisa de Jerusalén. Sin Dios, el hombre y la mujer son llamados a consumirse mutuamente. Pero si dejan entrar en sus vidas al Nombre, pueden formar un todo único, enlazados por el vínculo invisible que crea una unidad, una unión eterna.

Recuerdo nuestra noche, nuestra noche de bodas. Tenía miedo del hombre que iba a adentrarse en mí. No sabía qué hacer con mi esposo, no sabía qué decirle: ¿que tenía miedo, que estaba aterrorizada o éstas son cosas que no se dicen? ¿Era normal? ¿Era extraño? A los dieciséis años ya no era tan niña. Salvo mi madre, nadie había visto mi cuerpo. Tenía miedo de que mi esposo me mirara y de que me tocara, sobre todo en mis partes íntimas. La idea me parecía insoportable y a la vez producía en mí un cierto escalofrío.

Por la noche, estaba en la cama con mi esposo. Me desabrochó el vestido blanco y se quitó la camisa. Estábamos juntos, acostados en la cama de la alcoba.

Como todo el mundo, mi marido tiene largos tirabuzones a ambos lados de la cara.

No se quita ni de día ni de noche el capelo de terciopelo negro que cubre ampliamente su cabeza, ni cuando se pone el sombrero.

Estábamos en la penumbra: la desnudez de mi marido podría haberme asustado. Sin embargo, verlo así me causó un sentimiento de sorpresa, pero no de miedo. Mi corazón se sintió atraído por sus palabras halagüeñas y seductoras. Mi cuerpo se acercó al suyo.

Seguí un cursillo para mujeres que van a casarse. Conocía todas las leyes. El hombre tiene que estar encima de la mujer, uno frente a otro. La habitación, a oscuras. El hombre tiene prohibido besar a la mujer en sus partes íntimas. Y algunos prescriben que hay que estar vestidos. Sin embargo, dicen que nosotros, los fundadores de la Torá, pensamos que Dios lo ha creado todo según el decreto de Su sabiduría y, por consiguiente, no podemos pensar que ha creado algo feo o vil. Esto es lo que nuestros sabios declararon: «En el momento en el que el hombre se une a la mujer en la santidad, la presencia divina está entre ambos».

Por la noche, estaba en la cama con mi esposo. Me desabrochó el vestido blanco y se quitó la camisa. No me forzó. Me acarició profundamente. Su corazón sobre mi corazón tenía el color de la arena, el color de la miel, el color del día. Era blanco como las noches, las noches de amor al terminar el simple y cotidiano día, como la espuma blanca del agua. Era grato y tierno, como el agua que baña el cuerpo purificado. Brillante como la corladura. Radiante bajo el fulgor del alba.

Fue en la penumbra. Se me acercó, me acarició suavemente, me recostó. Sentí su alma. Mi cuerpo, ligero, se elevó poco a poco por encima del mundo. Volé, me paré y floté. Me dijo: «Abre los ojos». Y los abrí. Me dijo: «Mírame». Y lo miré. Me dijo: «Raquel, te quiero para siempre».

Capítulo 23

Paciencia, paciencia, Amado mío, estoy ahí, voy a reunirme Contigo, voy hacia Ti. Yerro por las calles. Pronto llegará el alba. Ya es hora de que vaya a rezar. La oscuridad ha dado paso a la luz y apunta el día. Los leones dorados, sentados, se alejan, se alejan, se alejan. El macero pasa por entre las filas y se dirige lentamente hacia el Arca Santa. Se para, se pone el chal en la cabeza, coge la cortina con la punta de los dedos, se la acerca a los labios y la corre despacio. Lentamente, ase los batientes del Arca Santa.

Enfrente de mí está Natán al que miro emparedada detrás de la celosía, con las manos aferradas a la madera. Pienso en él, en todos los sueños en común, en el niño deseado. Me dejo llevar por el ensueño, no lo puedo evitar. Miro cómo reza Natán; ahora que rece, que se refugie en la oración, que se eleve solo ya que no ha podido hacerlo conmigo, que acceda a la cima de la colina, solo, tal y como él lo ha querido, que descubra por sí mismo si allí arriba, bien arriba, obtiene lo que creía ver desde abajo, sin mí. No lloro, es el final: me han amado, amado y adorado, amado y seducido, tiempo atrás, lo recuerdo, tiempo atrás, tiempo atrás...

He tirado toda mi ropa, he tirado mi ropa y también he pedido limosna con la mirada, he perseverado ante la más mínima esperanza, he incensado, he esperado, he dejado de esperar, he lavado la herida, esa gran sed de amor, he luchado, he contenido las lágrimas, he cambiado, he reaccionado, he envejecido, he dado todo lo que ya no tenía, lo he abandonado todo, lo he perdido todo, lo he abandonado todo, no tenía miedo, lo he cambiado todo, incluso yo misma he cambiado, he vivido en los recuerdos, no he renegado del pasado, he seguido el hilo de la memoria, he propagado las palabras de amor, he meditado durante mucho tiempo sobre la muerte del amor, he amado tanto, tanto, y lo he perdido todo. Camino en la oscuridad, ya no me quedan más fuerzas. Nos vamos deprisa, de repente, o bien no nos vamos nunca, nos vamos sin avisar, la masa aún no ha subido, el pan de libertad es un pan ácimo, un pan blanco y plano, un pan sin gusto, como la libertad lo es al principio, un pan de sufrimiento, nos liberamos de nuestras cadenas, por la noche y sin avisar, nos liberamos brutalmente o de ningún modo, y a mí el frío me ha sorprendido, y es el final del amor, me han amado, es el final del amor, amado y adorado, es el final del amor, amado y repudiado.

Y así, mi padre, que está de cara al Arca Santa, se da la vuelta para dirigirse al centro de la sinagoga. Y desde allí quiere hablar, decir algo, pronunciar un discurso, pero los hasidim no lo escuchan y sus caras no prestan atención a las palabras de un macero.

Pero mi padre, el macero, habla. Se expresa ante todos. Habla de la Torá y del santo Mandamiento de unión entre el hombre y la mujer. Afirma con vehemencia que Dios está presente cuando el hombre se une a la mujer en matrimonio y que nadie, no, nadie, puede separar a la mujer del hombre con el que comparte su vida.

De modo que todos callan y escuchan las palabras del alterado macero. Todos, excepto el Rav, que se vuelve para mirar a su hijo.

Capítulo 24

Mañana se celebrará la boda de Natán y Lía, hija de Rubén. Los novios se reunirán bajo la carpa, su carpa blanca, blanca como el Shabbat, blanca como el abrazo de los esposos durante el Shabbat, blanca como la paz del Shabbat. Blanca como la harina que amaso para hacer los panes del Shabbat, blanca como la masa, que se me pega en las manos cuando intento hacer una bola compacta para el pan y que sube una vez fermentada. Sí, blanca como esa masa que hago para el pan del Shabbat y que trabajo sin descanso para darle una forma aún más bonita, redonda y perfecta. Blanca como la llama de las velas que merma antes de azulear. Blanca como el sebo que se derrite alrededor de las mechas viviendo su último instante, como las llamas de las velas que se alargan, y las mechas que se doblan, y el resto de sebo que se funde y se desliza hilo a hilo, en la noche del Shabbat. ¡Que la oscuridad se instale, que las sombras se agranden y que las parejas se abracen! Blanca como el agua del baño ritual que me cubre los hombros y el pecho, y la espalda, que hay que examinar para ver si no hay rasguños, rojo sobre blanco, y pásame, pásame una vez más la mano por la planta de los pies y por las uñas de las manos, y pásame, sí, pásame una vez más la mano por la espalda. Sí, me he puesto el paño bien a fondo, sí, he contado siete días, sí, el paño estaba completamente limpio, sin mancha. ¿Por qué el examen dura tanto conmigo?

Dueño del mundo, practico, con toda mi buena intención, el cumplimiento de la ley de la inmersión para obtener la pureza. La busco. Quiero ser fiel a Tus leyes. Como el agua del baño que me purifica, rezo para lavar mis pecados y mis faltas, y de este modo, toda la tristeza que habita en mí. Me sumerjo en tu agua blanca, cierro los ojos, me quedo en el fondo, muy en el fondo, porque ya no quiero volver a subir; las grietas negras de la cisterna y el agua clara son mi chal, mi chal de oraciones... En lo más profundo, me cubro con el chal de agua, de rayas negras o azules, como los renglones trazados en una hoja blanca. Cojo los flecos y cuento el número de nudos y de ribetes: veintiséis.

Capítulo 25

De mi boda no queda más que la sábana. Me la he traído. La miro con atención. La cojo, me estiro cuan larga soy en la cama y me la pongo encima. Cubierta con la sábana, me levanto. Otra mujer en mi lugar, en mi casa, en mi cama, con mi marido. Me es insoportable. Sus brazos blancos, tan blancos, su torso blanco, su vientre y después todo lo demás..., a través de la sábana, todavía los veo, los siento en mi cuerpo. La sábana tiene su olor, el olor de su cuerpo.

Es medianoche. Me levanto y camino como una sonámbula. Yerro por las calles. Caminando, sueño con él, lo llamo desde mi corazón, donde todavía albergo la sonrisa de sus labios, como la que descubrí cuando lo vi por primera vez. Sí, un rayo de luz, que nos iluminaba con su blancura absoluta, se posó sobre nosotros.

Hace diez años. Me acuerdo de mi noche de bodas. Mi sangre salpicó el vestido. Lo lavaré, sí, lo lavaré en un lugar santo. Me he vuelto a poner el vestido de lino. El fuego del altar arde sin consumirse, así lo exige el precepto. En el lugar donde él me amó, me inmolaré y así estaremos juntos por toda la eternidad.

Así transcurre la vida, unas veces blanca, otras veces roja. Blanca como la flor de lis como la alcoba como la piedra blanca de Jerusalén. Roja como la fruta roja como el sol erubesciente roja como la cólera roja como la sangre que cubre las sábanas blancas. Blanca como las sábanas y los velos del matrimonio... Blanca como el alma de mi marido, hilo blanco con el cual tejí mi vida. Blanca y roja como la sábana como el velo agujereado el sudario que envuelve mi cuerpo para siempre. Blanca como la frente lívida de la mujer abandonada, como el sudario, su sábana, como la cortina sobre nuestra cama de matrimonio,

velo sábana vestido femineidad

canto y alma

así soy yo.

Capítulo 26

Paciencia, paciencia, Amado mío, estoy ahí, voy a reunirme contigo, te deseo, quiero morir de amor. Salgo, me cuelo por las calles estrechas. Soy casi un fantasma. Ya no quiero hablar ni responder. Me encamino hacia el silencio. Caminando sueño contigo, desde el fondo de mi corazón te llamo. En mi corazón habita la sonrisa de tus labios, blanca como el Shabbat, como las cien puertas hieráticas, como la piedra de Jerusalén, como la luz del signo inefable.

Me levanto, camino, es medianoche, voy a mi casa, a tu casa, a nuestra casa, me acuesto a tu lado, en la alcoba, en mi sitio, en su cama, mi cama, nuestra cama. Tus brazos blancos, tan blancos, tu torso blanco, tu vientre, tus manos, los beso. Me estiro cuan larga soy a tu lado, estrecho tu cuerpo. Ya no quiero volver a levantarme, aspiro a la muerte y la muerte me ansia, no puedo luchar, me arrastra una gran fuerza, quiero morir, quiero morir, ya que sólo la muerte puede igualar nuestro éxtasis y nuestro éxtasis fue fuerte como la muerte, voy a estirarme, subyugarme, apagar me cerca de ti, mi último aliento será para ti, oh, tú, mi luz, me sumerjo en las profundas aguas de tus besos, me quedo en el fondo, muy en el fondo, donde el agua es clara como el chal de oraciones, veo cómo me cubre, cómo me absorbe, cómo me arrastra para no volver más, paciencia, ya voy, en la nave de arcilla puesta en franquía, arrebatada por el torrente de lágrimas secas,

me adentro hacia la oscuridad, voy hacia ti,

una vez más, déjame beberlo una vez más, el vino del amor, el vino de la muerte, déjame colarme en la alcoba que es nuestra carpa, nuestra carpa de citación, por la noche hasta el alba, que me queme, que el fuego del altar me lleve, me he quitado el vestido de lino, estoy cerca de ti, estamos juntos para siempre, así ha transcurrido y terminado mi vida, blanca como los velos del matrimonio, como la cisterna de lluvia, el cuerpo que cubre mi cuerpo, unida a mi Amado, en su interior, así muero de amor

así muero

* * *



ELIETTE ABÉCASSIS (Estrasburgo, 27 de enero de 1969) es una escritora, ensayista y cineasta francesa.

Nació en una familia judía sefardí de origen marroquí. Su padre, Armand Abécassis, profesor de filosofía en la Facultad de Burdeos, es uno de los mayores pensadores contemporáneos sobre el tema del judaísmo. Es el autor de la obra *Pensamiento judío*. Crece así, Eliette siendo muy practicante en un ambiente de religión y cultura judías.

En 1993, consigue la licenciatura en filosofía en la Facultad Henni IV de París y en 1996 publica su primera novela *Qunram*. Una novela policiaca metafísica, donde un joven judío ortodoxo investiga sobre unos misteriosos homicidios relacionados con la desaparición de manuscritos del Mar Muerto. Tendrá un éxito inmediato. Se venden más de 100 000 ejemplares y el libro se traducirá en 18 idiomas.

Un año después publica *El oro y la ceniza* y comienza a impartir clases de filosofía en la facultad de Caen.

En 1998 se traslada durante 6 meses al barrio ultra-ortodoxo de Mea Shearim en Jerusalén, para escribir el guión de *Kadosh*, una película israelí de Amós Gital que fue nominada en el Festival de cine de Cannes para el mejor guión. En esta historia se inspiró para su novela *La repudiada* (2000).

En marzo de 2001 recibe el premio de los Escritores Creyentes (concurso creado en Francia en 1979) y en junio de ese año se casa en Jerusalén.

Notas

[1] Miembro del hasidismo, comunidad judía ortodoxa influida por la Cábala y de carácter profético. Visten siguiendo un estricto ritual y viven en comunidad. (*N. de la T.*) <<

[2] Intérprete y estudioso de la Torá y el Talmud, jefe espiritual de los hasidim, de notable influencia. (*N. de la T.*) <<

[3] Escuelas de estudios religiosos superiores. (*N. de la T.*) <<

[4] Fiesta de la expiación o del perdón. (*N. de la T.*) <<

[5] Sombrero de alas anchas que llevan los hasidim. (*N. de la T.*) <<

[6] Cena que los hasidim hacen los viernes por la noche, después de la cual cantan y bailan arrebatadamente. (*N. de la T.*) <<

[7] Santuario donde se guardan las Tablas de la Ley. (*N. de la T.*) <<

[8] Oración final del Yom Kippur. (*N. de la T.*) <<

[9] Cuerno de carnero con el que se tocan durante la Neilah los cuatro sonidos de purificación que indican el final del ayuno. (*N. de la T.*) <<